

María Zambrano en la “Ínsula” de José Luis Cano

*En recuerdo de José Luis Cano,
algecireño universal, entrañable (1911-1999)*

José Luis Mora García / Universidad Autónoma de Madrid

Recibido: 21 de agosto de 2024 / Revisado: 18 de octubre de 2024 / Aceptado: 28 de octubre de 2024 / Publicado: 6 de abril de 2025

RESUMEN

Recordamos los principales puntos que constituyeron el ingente proyecto impulsado por José Luis Cano basado en la función de la literatura como base del conocimiento y la reconstrucción de la convivencia. En el centro de su atención, estuvieron las letras españolas, europeas y americanas, así como los autores del exilio. María Zambrano recibió un trato exquisito en la revista pues su apuesta por la razón poética coincide plenamente con los ideales de Cano.

Palabras clave: José Luis Cano, María Zambrano, literatura, exilio, convivencia.

ABSTRACT

This paper recalls the main points of the ambitious project driven by José Luis Cano, which was based on the role of literature as a foundation for knowledge and the reconstruction of coexistence. At the centre of his focus were Spanish, European, and American letters, as well as authors in exile. María Zambrano received exquisite treatment in the journal, as her commitment to poetic reason fully aligned with Cano's ideals.

Keywords: José Luis Cano, María Zambrano, literature, exile, coexistence.

1. INTRODUCCIÓN¹

José Luis Cano fundó una Ínsula junto con Enrique Canito, granadino, quien al ser expulsado de la cátedra tras la guerra civil, al parecer por sus ideas liberales y no ir a misa los domingos, había abierto una librería con este nombre en Madrid en 1943. Fue en 1946 cuando nació la revista que se vio pronto arropada por la tertulia y la editorial del mismo nombre. José Luis Cano ejerció de secretario hasta 1983 y luego, unos pocos años, como director hasta que pasó a desempeñar este cargo Víctor García de la Concha. En verdad, José Luis Cano fue mucho más que un secretario; fue quien puso el espíritu de aquel proyecto que aún perdura. Contamos hoy ya con buenos

testimonios sobre quién fue aquel niño que nació en la calle Ancha, de espaldas a la Bahía a la que cantaría con el sentimiento templado del poeta que conserva la calma ante la belleza que proporciona un horizonte que parece cerrarse al frente y se abre a sus costados. Pero allí estaba el Sur; ese Sur aprisionado entre la Roca, artificio inglés, y el monte Hacho que abre al otro lado del Estrecho la inmensa África desde Ceuta hacia donde se desplazaban miles de magrebíes cada verano. Entonces inundaban la ciudad y ponían sus esteras cara a la Meca para realizar los preceptivos rezos. La secularización llega hoy a todos los ámbitos.

Y, sin embargo, cerrada la ciudad hacia el interior de la Península, Algeciras se convertía

¹ Este artículo desarrolla la conferencia pronunciada por el autor en el Centro Documental José Luis Cano de Algeciras, en el marco de la feria del libro dedicada a María Zambrano, el 22 de abril de 2024.

en lugar cerrado y abierto al mismo tiempo. Era una abigarrada ciudad industrial junto con San Roque y Los Barrios, una nueva Carteia, proveedora de acero, de petróleo y papel, un puerto marítimo que ejercía de frontera y aduana de productos y gentes en tránsito hacia Europa o hacia África, dejando su poso en el habla de las gentes de esa Algeciras que vivía bajo la figura de Almanzor y las murallas árabes acostumbradas a la interculturalidad, mucho antes de que esta palabra existiera. A esta gente, un punto tímida, amable hasta hacer a uno sonrojarse y generosa por convicción, pues creen que el mundo no podría construirse de otra manera, perteneció José Luis Cano.

Ínsula es la muestra de la magnitud de la obra de este hombre que contribuyó a disolver las asignaturas tradicionales y fundirlas en una sola que se llamaba España, pero una España tan ancha como carente de omnipotencia, tan plural como sus culturas y lenguas alcanzaban, tan solidaria como carente de solidaridad se manifestaba en ocasiones y sin renuncia a la necesaria unidad de tiempo y comunidad de sus regiones e idiomas que se apoya en un proyecto vinculado a la cultura, a las artes, a las ciencias y a la filosofía.

Mas, si este fue mi primer acercamiento a esta insigne y callada figura, de obra propia y muy importante, siempre al lado de quienes reconocía aún como más importantes que él mismo, le conocí de verdad cuando pude contemplar la bahía de Algeciras, tras haber leído los “Sonetos de la Bahía” (1940-1942), escritos por José Luis Cano al finalizar la guerra si no antes.

Claro que, para sentir así la luz que despeja las sombras poco a poco, hay que comprender que la Bahía como el Peñón al fondo son elementos fundamentales de la ciudad, como la orilla en forma curva hacia Málaga que se cierra puntiaguda en Tarifa. Y la arena y el horizonte a veces abierto y a veces cerrado como elementos básicos para conformar un carácter y una forma de ver el mundo, hecha del frescor matutino cuando llega la brisa del suave levante y del calor acerante del duro poniente al mediodía. Es la pasión del mar. Así nos lo dijo Cano:

En tus orillas vivo y alimento una sed sin
descanso, oh mar ardiente, y en los despojos de tu
azul gimiente
Pongo la abierta herida de mi aliento.

Ha sido Algeciras, según relata Juan José Téllez en la *Historia de Algeciras* que coordinó Mario Ocaña (Téllez, 2001), citando palabras del propio Cano en sus *Memorias malagueñas*, la ciudad que crea el ambiente espiritual para entender a su poeta, José Luis Cano.

Juan José Téllez, recordábamos, y bien recientemente Silvia Gallego (Gallego, 2021) nos permiten conocer bien a aquel hombre tímido a quien reconocemos tras sus grandes gafas de pasta. Personalmente me introdujo en su figura don Cristóbal que nos recibió en el local de la biblioteca y nos dio cuenta de todos sus conocimientos. Ahí nacieron dos artículos sobre la figura de José Luis Cano (Mora, 2006 y 2013). Más adelante, la propia revista *Ínsula* le dedicó en 2015 un monográfico titulado “El mar que guardaba la isla: en recuerdo de José Luis Cano”. Pocas ideas podrían caracterizar mejor el sentido estético, moral y político que infundió José Luis Cano a su labor como poeta y como crítico literario.

Cuatro serían, al menos, las características de este proyecto central en la vida de Cano, si bien no fue el único pues dejó, además de sus colaboraciones habituales en la revista, una obra importante.

2. LA LITERATURA COMO PROYECTO NACIONAL

En primer lugar, destacamos su contribución a la convivencia nacional e internacional poniendo la estética y el conocimiento al servicio de la moral social. José Luis Cano, como ha dicho Mainer, tenía una fe enorme en la literatura, que aprendió junto a poetas de su generación y la puso al servicio de un proyecto cultural que tenía una meta moral y política: la reconstrucción de España.

Su fe en la literatura –nos dice Mainer– era enorme. La concebía como la más alta expresión de la vida humana y como el lugar casi físico donde podían encontrarse los cómplices de

aquella fe. Escribir, leer, leerse los unos a los otros eran los sacramentos, rigurosamente laicos, por supuesto, de aquel ejercicio de autodescubrimiento, reconocimiento y fraternidad (Mainer, 1999: 37).

Por ello, el valor radical que *Ínsula*, como expresión más consumada de esta convicción, coincide más con la idea de reconstrucción y de unidad que con la idea de “resistencia cultural” aunque se viera obligado a realizarla y así se percibiera inevitablemente por sus protagonistas durante más tiempo del deseado. Probablemente, el concepto de “insularidad” de tantas resonancias en nuestra historia, como decíamos, hiciera mención a esa concepción que María Zambrano expresara con referencia al Galdós isleño cuando le calificó de “don del océano”, es decir, alguien que, ante una crisis que le obliga a la emigración pacífica o le expulsa al exilio de manera más violenta, se repliega para soñar “la paz oceánica, es decir, sin fronteras”. Su espíritu, en la España de 1946, bien puede considerarse opuesto al talante de los vencedores y más cercano a la idea que expresara Aranguren algunos años después: “Los españoles –también los intelectuales españoles– estábamos divididos. La guerra civil consumó esta división, pero no nos separó”. (Aranguren, 1953: 123).

Así pues, el primer objetivo de estos “inconformes” –no confundir con disconformes– entre los que se incluía el propio José Luis Cano, fue suturar heridas. Mas José Luis Cano añadió una sensibilidad que quizá otros, a los que se dirigía con sus palabras Zambrano en “La carta sobre el exilio” (Zambrano, 1961), no tuvieron. Creo que, para él, los exiliados existieron siempre; es más, hizo mucho por incorporarlos a la vida pública española. Por eso María Zambrano había de venir a vivir en esa *ínsula*.

Se trataba, primero, de reconstruir lo que estaba dentro: regiones con distintas lenguas y culturas: Cataluña, Galicia, el País Vasco...; y lo que había quedado al otro lado: Europa y América, es decir, la cultura internacional y dar vida así al ideal de cosmopolitismo. Constituye, pues, un proyecto muy importante para la construcción de la nación y la sociedad

española, formar un “nosotros” (Pau, 2024), tal como ha ido desarrollándose desde los años finales de los cincuenta y durante varias décadas, pues en él interfieren, lógicamente, las posiciones mantenidas con otros países europeos y con América. *Ínsula* publicó dos números monográficos dedicados a las Letras Catalanas y a las Letras Gallegas. Junto a estos parámetros nacionales –la necesaria unidad de lo fracturado– siempre las referencias internacionales: Europa e Hispanoamérica, como decíamos. La información sobre las producciones culturales francesas e inglesas (principalmente) pero también las de Portugal han merecido en la revista una notable atención desde sus comienzos.

Dionisio Ridruejo, quien fuera jefe de propaganda de la Falange durante la guerra civil, y, después, opositor activo al franquismo hacia los años sesenta, nos dejó un análisis lúcido de esta situación en sus *Casi unas Memorias literarias* concretamente en el capítulo dedicado a Unamuno, Machado y Maeztu (Ridruejo²⁰¹²: 457-464). Se refería a la actitud de las generaciones de jóvenes españoles que comenzaron a salir a Europa hacia finales de los años cincuenta (podemos indicar que tras la muerte de Ortega y Gasset) en búsqueda del magisterio no encontrado en España:

Por una parte [–decía Ridruejo–] se retorna a la vanguardia adánica que ni desea ni reconoce magisterios, aunque los use, y, por otra parte, la misma asfixia causada por la ruptura de la continuidad intelectual ha determinado una corriente de apertura mucho más cosmopolita, que busca nutriciones de actualidad y hasta de moda allí donde las hay. Los jóvenes escritores comenzaron a viajar hacia 1950 y volvieron de sus viajes, críticos y seguros con su nuevo bagaje. Puede decirse que el movimiento intelectual se ha hecho *ya más de la época que de la nación* y ello es, en muchos casos, saludable.”

[Y añadía:] “nuestros abuelos del 98 estuvieron tanto en la nación como en la edad. Sus hijos y nietos vanguardistas se

inclinaron de preferencia por la segunda dimensión (Ridruejo²⁰¹²: 458 [La cursiva es nuestra]).

Debemos decir aquí que la propuesta de Ínsula, con José Luis Cano al frente, abogó, al tiempo, por la edad y por la nación. Esa es la virtud del inconforme que no hace banderías y, por ello, se abre a todos. Ni renunció al cosmopolitismo ni a la tradición nacional. Era esta una cuestión que afectaba no solo a la cultura sino a la vida política y a la convivencia que se intentaba reestablecer. Mas la consecución de este objetivo requería abordar otros dos: recuperar la tradición nacional perdida y derrotada, es decir, la liberal más que cualquiera otra pues basta recordar la descalificación de González Palencia hacia la ILE (González, 1940: 273-276); y recuperar la obra y las personas de quienes se habían visto obligadas a exiliarse. Sacarles, pues, de la hoguera.

Aquí cristaliza, en mi opinión, ese primer significado de la revista: rehumanización desde la estética (finalidad ética del arte a la que se alude en distintos momentos en la propia revista) en cuyo proceso se incluye también a la ciencia; y reunificación de España superando cualquier nacionalismo de vuelo rasante en el contexto de una concepción de la cultura al tiempo normativa y plural, respetuosa con las tradiciones y cosmopolita. Y en este ideal coincidieron plenamente José Luis Cano y María Zambrano pues ella asignó a la literatura la misma función que José Luis Cano: dar testimonio de la multiplicidad como dimensión esencial del ser humano y oponerse a los totalitarismos.

3. LA HERENCIA DE ORTEGA Y GASSET EN LA ESPAÑA INTERIOR

Para cumplir con el primero de los objetivos era preciso recuperar lo destruido. José Luis Cano se apoyó en el “orteguismo” interior, es decir, en quienes habían quedado en España: Julián Marías, José Luis Aranguren y Paulino Garagorri, entre otros. Y, con ellos, quienes venían a continuación: José Luis Abellán, Javier Muguerza, etc. Sin duda, José Luis Abellán, recientemente fallecido, ha sido fundamental

en esa reconstrucción y él mismo reconoció que Ínsula había sido su refugio intelectual. Con este soporte inició Cano una labor continuada de estudio de toda la “edad de plata de la cultura española”, es decir, del periodo que va desde Benito Pérez Galdós, pasando por la Institución Libre de Enseñanza, con especial referencia a Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío, y por el 98, con Unamuno como centro, a Ortega y la generación del 27, convirtiendo a la revista en un referente indispensable para el estudio de este largo periodo de creación literaria y desarrollo del pensamiento. Esta convicción inicial se reafirmó al ser suspendida la edición de la revista con motivo del número que dedicó a Ortega en noviembre de 1955, precedido por un artículo del propio Julián Marías en el número de septiembre titulado “Realidad y ser en la filosofía española” (Marías¹⁹⁵⁵). El tema central era el siguiente: que, “al interpretar la filosofía como algo que el hombre hace, Ortega tiene que preguntarse en qué consiste ese hacer humano que es preguntar” y en esa pregunta surge la relación del hombre con las cosas pues “vivir es, en efecto, hallarse entre las cosas y frente a ellas” como Ortega había afirmado en *El Sol* (18/1/1931).

4. Y DEL EXILIO

Era, además, necesario oponerse a los totalitarismos y ello requería mirar al exilio. Ese empeño fue realizado con intensidad. Pronto aparecieron noticias sobre libros de José Gaos; de Ferrater Mora; de Joaquín Xirau y García Bacca, entre otros. Fue, no obstante, María Zambrano quien ha tenido una presencia más consistente en la revista. No es casual que tuviera esa presencia continuada como respuesta a un proceso de convergencia de dos trayectorias, la suya propia y la de José Luis Cano, siete años más joven, que se iniciaron en lugares diferentes, próximos ciertamente, Vélez-Málaga y Algeciras, y terminaron por encontrarse. Ahí se unieron, como decíamos al comienzo, el autor de *Heterodoxos y prerrománticos* (Cano, 1974) con quien se reconocía provenir de una familia cercana a esos heterodoxos: su abuelo paterno y su propio padre originarios de la Andalucía occidental, la Huelva heredera de los viejos

alumbrados del siglo XVI y de la presencia protestante desde que el Estado español vendiera a los ingleses las minas de Riotinto en 1873. Efectivamente, quizá España sea el único país en que haya sido necesario escribir una historia de los heterodoxos como lo hizo el aún joven Marcelino Menéndez Pelayo que finalizó su obra en junio de 1882. No era una historia de ideas religiosas sino de personas que el Estado, en su construcción, había ido dejando en los márgenes, quedando éstas abandonadas, obligadas a uno y otro exilio desde las bien conocidas expulsiones en el siglo XV al XVI de judíos y moriscos, hasta los más recientes, a partir de la subida al trono de Fernando VII, los que se fueron sucediendo a lo largo del XIX, hasta el bien doloroso de 1939.

Cuando María Zambrano redactó su autobiografía, justo por los años en que fue incluida en la *Ínsula* de Cano, bajo el título *Delirio y destino* (Zambrano, 2011), a comienzos de los años cincuenta, no olvidó esta herencia a la que ella misma debía sentirse pertenecer, pues explícitamente lo dijo ante las críticas que recibió por la orientación de su obra: “No me amilané, porque me sabía y me sé aún bastante *heterodoxa*” (De Andrés y Mora, 2011: 262)², le decía a Pablo de Andrés Cobos, otro hombre de esa ínsula, expelido del sistema como él se autocalificaba (Mora, 2023). Por eso, no dudó en plantear la necesidad de conseguir que todos los heterodoxos “salieran de su aislamiento”. “Si se pudiera –afirmaba y es fácil adivinar el gesto de su rostro al escribir estas palabras– rescatar a estos heterodoxos. ¿Tendrá que ver el anarquismo con el quietismo, con el iluminismo, aquellas herejías que, con tan recóndita pasión de comprender, con tan honda simpatía, a pesar de todo, había escrutado el historiador católico?” (Zambrano, 2011: 85) Este estudio, efectivamente, a pesar de todo, nos ha permitido conocerlos y así, al “llegar a entenderlos sería desentrañar la vida española.” (Zambrano, 2011: 85) Y esto, consideraba nuestra filosofa, era fundamental para construir un país, una sociedad, un estado. Pues en ese propósito coincidía plenamente con el creador de la *Ínsula*, guardada por la

mar abierta y a conseguirlo dedicaron su vida y su obra. Además, María Zambrano añadía un sentimiento bien cercano, el de su padre:

¡Gran parte de mi meditación sobre lo español especialmente tiene como centro y no solo como origen, el entender a mi padre, el querer reconstruirlo desde adentro, el querer encontrar un lugar del pensamiento, del alma, de religión, donde su pensamiento hubiese podido encontrar forma objetiva, perdurable! Sé que no le ocurrió eso -eso que a él le ocurrió- solo a él; sé que es algo de la tradición española desde que España se constituye en Estado. El que el pensamiento de esa clase o especie de personas no haya llegado a encontrar forma adecuada en el pensamiento occidental, es parejo a que, en España, como vida, como sociedad, como estado no la haya encontrado tampoco.” (De Andrés y Mora, 2011: pp. 128-129)³

¿Por qué se habían producido estas exclusiones? ¿Por qué se había producido la suya propia y la de otros? Seguramente por la existencia de un saber que cierra y permite a una parte de la nación apropiarse de la verdad de toda la nación. Así lo manifestará en su libro *Los bienaventurados*:

Tiene la patria verdadera –afirmaba años después, hacia los setenta, María Zambrano– por virtud crear el exilio. Es su signo inequívoco. Y así, en cuanto aurea en la historia, en cuanto se da a ver mínimamente, en verdad basta con que se anuncie, crea el exilio de aquellos que por haberla visto y servido aun mínimamente han de irse de ella (...) No hay opción para ellos: o no se despiertan o se despiertan ya en el exilio. Y así revela igualmente esa patria verdadera siempre incipiente, siempre al nacer, lo apócrifo de la Historia (Zambrano, 1990: 43).

Por ello era necesario crear una razón mediadora como la llama en su artículo “Violetas

2 Carta de 26 de diciembre de 1971.

3 Carta de 23 de marzo de 1967.

y volcanes” (Zambrano, 2009: 223-226), una razón poética que no cierre, que no endiose la razón, sino que la abra a los saberes que han de alimentarla desde sus bordes y rompa el corsé de una aplicación rígida de los grandes principios de la lógica, incluido el principio de no contradicción que Cervantes ya pusiera de manifiesto con la utilización piadosa de la ironía. Pues recuérdense aquí las palabras de Mainer sobre la obra de José Luis Cano y se comprenderá que la *Ínsula* fundada por este era de la medida de María Zambrano.

Hasta doce artículos suyos merecieron la atención de *Ínsula*. El primero llegó con la recomendación de Luis Cernuda y se publicó en fecha bastante temprana: 1952, ocupando la primera página con una foto de la autora tal como había pedido Cernuda a José Luis Cano (Zambrano, 1952).

En carta manuscrita con letra bien menuda bajo el encabezado de “Adonais. Colección de poesía” fechada en Madrid el 21 de febrero de 1952, José Luis Cano le decía a Zambrano: “Mi distinguida amiga: Luis Cernuda me envió un magnífico original: ‘Dos fragmentos

sobre el amor’ que le pedimos para la revista ‘Ínsula’. Tengo el placer de comunicarle que publicaremos dicho original en el próximo número de la revista, que aparecerá el 15 de marzo ilustrado con la foto de usted, que también nos envió Cernuda (Cano, 1952 y Mora, 2021).”

Por su parte María Zambrano, años después, el 10 de mayo de 1977 escribe a José Luis Cano solicitándole un ejemplar de este número por habersele “literalmente pulverizado” el que ella poseía.

Es mi primera colaboración en *Ínsula*. Luis Cernuda en su breve temporada que pasó en La Habana donde yo estaba con mi hermana –salvo las horas del sueño estaba en nuestra casa– me preguntó acerca de lo que escribía. Le di esos fragmentos, parte de un libro que él me instó mucho que hiciera y que ahora quiero recoger tal como está –inédito– salvo esos que Cernuda me pidió permiso para enviárselos a *Ínsula* para que los publicasen con mi foto con la condición de que fuera en primera plana (no oso transcribir la



Lámina 1. María Zambrano. Fondo revista “Ínsula”

apreciación que de ellos hizo [...]) (Cano, 1991: 31).⁴

Sería José Luis Cano, más tarde, ya en 1985, quien dijera en *Ínsula* (Cano, 1985), recordando aquella publicación de María Zambrano: “cuando nadie o casi nadie se acordaba de María Zambrano en España”, Cernuda le había enviado al propio José Luis Cano esta recomendación:

María Zambrano ha escrito cosas magníficas, y es necesario que ahí se conozcan algunas, y vosotros sois los únicos que podéis publicarlas.” Y concluía: “Porque la voz y el acento de María Zambrano son difícilmente separables de la filosofía y la poesía. Ya dijo una vez Aranguren que él y María Zambrano eran dos discípulos heterodoxos de Ortega (Cano, 1985: 14).

Después de este artículo de Cano aún publicaría Zambrano en la Universidad de Sevilla (1988) un artículo recordando a su amigo, el poeta fallecido en 1963, titulado “A una verdad. Luis Cernuda”: “Un ser único, impar en este mundo por el que pasaste porque no tenías otro remedio, sabiéndolo, sintiéndolo y creyéndote débil, como en el tramonto de la luna en el poema de Leopardi, lo más indeleble de la Ginestra (Zambrano, 2014: 748).”

Por James Valender sabemos de la cercanía de ambos pensadores desde los tiempos de la República y, por consiguiente, de su larga relación.

Valga la lectura de este párrafo del primer artículo publicado en *Ínsula* para darnos cuenta de la profundidad de la meditación que María Zambrano ofrecía en aquellos años difíciles:

Vivir el lado negativo de la libertad parece ser el destino que ha de apurar el hombre de nuestra época. Y nada más difícil de descifrar que lo que sucede en la negación, en la sombra, en la oscuridad. Vida en la negación, en la que se vive en la ausencia del amor. Cuando el amor –inspiración, soplo divino en el hombre– se retira, no parecen emerger

con más fuerza y claridad cosas como las del hombre independizado. Todas las energías que integraban el amor quedan sueltas y vagando por su mente. Como siempre que se produce una desintegración, hay una repentina libertad, en verdad pseudolibertad, que bien pronto se agota (Zambrano, 1952: 1).

Publicaría después en 1955 “Lo que sucedió a Cervantes”. Ese mismo año en que fallece Ortega y Gasset, envía un artículo titulado “Don José”. Enviaría después en 1958 “Fragmentos (de un inédito: “Ante la verdad”); en 1959 hizo lo propio con un tema bien querido para ella: “Nina o la Misericordia” en torno a la novela de Pérez Galdós; en 1960 sobre un pintor de culto: “La pintura de Ramón Gaya”; tardaría luego ocho años, 1968, cuando publicó “Cuba y la poesía de Lezama Lima”; en 1975 sobre Miguel de Molinos; en 1977 lo haría sobre su propia generación, la del 27; recordando al poeta Juan Ramos Aparicio en 1981; al conmemorarse el centenario del nacimiento de José Ortega y Gasset envió un artículo titulado “José Ortega y Gasset en la memoria. Conversión y Revelación”; en 1986, ya en España, enviaría un artículo que enlaza con el primero: “Nuevas páginas sobre el amor. El enamoramiento. El pájaro del pensamiento”.

Unas páginas bellísimas y densas las que compartió en esta *Ínsula* de Cano que merecen una lectura serena y reflexiva. Tan solo haré una referencia a un breve párrafo del artículo dedicado a Cervantes, “Lo que sucedió a Cervantes: Dulcinea” (Zambrano, 2005: 122-126) por la proyección que tiene incluso en nuestros días y por la proyección compartida entre Zambrano y José Luis Cano:

El horizonte es algo ideal aun en la vida física. El animal no debe de tenerlo y la planta no lo necesita. Si el hombre lo perdiera, perdería su humanidad. La conciencia lo revela, y entonces se comienza a pensar, cuando al que así ocurre comienza a ser dueño de su camino, a trazarlo (Zambrano, 2005: 125).

4 Carta de María Zambrano a José Luis Cano.

Claro, este horizonte remite a la historia y al lugar que el hombre tiene en cada momento. Por eso Cervantes inventó un género que consiste en narrar la vida y no solo en definirla, al tiempo que alaba los grandes principios y denuncia los anacronismos.

Estos artículos firmados por Zambrano estuvieron acompañados de un buen número de páginas dedicadas a su vida y obra, con firmas importantes: James Valender, Juan Fernando Ortega Muñoz, Rogelio Blanco, Ana Rodríguez Fischer, Amparo Amorós, Jesús Moreno hasta Lezama Lima o José Ángel Valente. Varios de ellos publicados en el n. 509 (1989) dedicado en buena medida a su figura. Siempre mencionando las noticias más relevantes, por ejemplo, la concesión del premio Príncipe de Asturias (1981) y, por supuesto, su regreso a España en 1984.

No es gratuito –decíamos– que haya sido María Zambrano la filósofa del exilio que más presencia ha tenido en *Ínsula* pues su pensamiento encarna mejor que ningún otro el espíritu al que deseaba ser fiel la revista: la síntesis, tras el reencuentro, de poesía y razón era su expresión más consumada. Por lo que la poesía y la razón han simbolizado a lo largo de los siglos su maridaje no se agotaba como mera cuestión puramente epistémica o de relaciones entre la filosofía y la literatura, sino que adquiría relevancia en el plano moral y en el político.

En este sentido *Ínsula* cumplió esa función de puente que no pudo llegar a realizar la revista que, con ese nombre, *El Puente*, apenas fue un proyecto frustrado. En la pormenorizada reconstrucción que ha realizado Francisca Montiel Rayo del complejo proceso que no llegó a culminar, le ha sido obligado remitirse a la fundación de *Ínsula* como el intento de “atenuar, en la medida de lo posible, los efectos de la escisión cultural producida en 1939” y cómo *Ínsula* fue “un primer órgano de expresión en torno al cual articularse”. Y añade la autora: “Con su actitud posibilista, *Ínsula* se erigió en inicial “cabeza de puente” entre las dos Españas, un puente en cuya difícil construcción participaron en la década de los cincuenta –al producirse el reconocimiento internacional del gobierno de

Franco– destacados pensadores de las dos orillas (Montiel, 2003).

José Luis Cano, como autor de dos secciones que marcaban la línea editorial: “La Flecha en el Tiempo” y “Los libros del Mes” se encargaba de mantener viva esta memoria que nutría una conciencia que no solo trataba de explicar qué había pasado sino por qué no debía volver a pasar. Para ello era imprescindible que algunos nombres se mantuvieran vivos aunque fuera en la distancia. Por ello dedicó a María Zambrano un artículo de esa sección fija “La flecha en el Tiempo” que él cuidaba, para recensionar la edición que Gonzalo Santonja⁵ hizo de *Los intelectuales en el drama de España* (Zambrano, 1977), quizá el alegato más lúcido que se ha escrito contra el fascismo y cuya primera edición se había publicado en Chile en 1937.

5. CONCLUSIONES: ATENCIÓN A LA “EDAD” Y A LA “NACIÓN”

El paso hacia el último objetivo de *Ínsula* prácticamente estaba dado. De una parte, su atención a las nuevas Ciencias Sociales. Muy importante me parece, en este sentido, la sensibilidad que la revista mostró hacia la recepción de los modelos epistémicos basados en la racionalidad científica y su aplicación a las ciencias sociales, a la lingüística y la literatura, a partir de la segunda parte de los sesenta y, sobre todo, en la década de los setenta. Este punto me parece fundamental para explicar los juicios que se hicieron en aquellos años sobre las décadas de la posguerra, y que a medida que vamos conociendo mejor toda la producción nos van resultando más obsoletos por insuficientes. Sin embargo, este análisis es fundamental para explicar la falta de atención (recuérdense las palabras de Ridruejo) de la vinculación a las tradiciones (literarias o filosóficas) y la apuesta, a partir de este momento, por modelos universalistas (matematización, formalización, estructuralismo, etc.). Se iniciaron en los años de la transición económica y social, ya con anterioridad a la muerte de Franco, si se toma esta fecha como la más representativa del inicio de la transición política. En este sentido son

⁵ Ver también (Santonja, 2021).



Lámina 2. José Luis Cano en 1980. Fondo Revista “Ínsula”

muy ilustrativos algunos artículos publicados en *Ínsula* con anterioridad a estas fechas al buscar el equilibrio entre “la edad y la nación” que otras orientaciones no tenían al optar solo por la primera.

Finalmente, la meta a que llegó tempranamente la revista en su refugio como *ínsula*, y a la que ha permanecido leal desde entonces, consiste en la reconstrucción de la historia del pensamiento español como una vía que articula la tradición nacional y la cosmopolita: nación y época, decíamos más arriba, reconstruyendo la nueva convivencia a partir de la herencia orteguiana y del exilio. Para lograr esta finalidad, la tertulia debió ser tan importante como la misma revista pues en ella intercambiaron experiencias, recuerdos y reflexiones personas que se formaron, directa o indirectamente, en la influencia orteguiana y que, además, mantenían relación epistolar con exiliados, es decir, con una herencia que era irrenunciable para esas reconstrucciones a las que aspiró el proyecto de Cano desde sus orígenes.

Difícil entender libros tempranos como el de Marra López, *Narrativa española fuera de España* (1962) o el de José Luis Abellán, *Filosofía española en América* (1966) sin este caldo de cultivo realimentado por las primeras visitas a España de algunos exiliados y los recuerdos de quienes aquí habían quedado.

En esa *ínsula* se refugió también Pablo de Andrés, el discípulo del padre de Zambrano. Con la hija cruzó el largo epistolario que citamos con anterioridad. Él fue testigo de la época privilegiada de los tiempos de Machado en Segovia, luego “expelido” del sistema por la ideología franquista pero no expulsado de España. Vino a encontrar su refugio en la misma *ínsula* junto con hispanistas que venían a España a estudiar la obra del poeta a quien había conocido en Segovia y de quien nos ha dejado una obra abundante (Mora y Roberts, 2020).

Así pues, la aventura iniciada por Enrique Canito con el apoyo incondicional de José Luis Cano durante treinta y siete años, y cinco más en que dirigió la revista el propio Cano, puso las

bases de una reconstrucción nacional en la cual la literatura, la creación estética y los estudios históricos se pusieron al servicio de un objetivo a la par político y moral.

María Zambrano falleció el 6 de febrero de 1991. Dos años antes, con motivo de un curso organizado por la Universidad Complutense había enviado un texto titulado “Amo mi exilio” para decir: “Yo querría que no volviese a haber exiliados, sino que todos fueran seres humanos y a la par cósmicos, que no se conociera el exilio.” Para ello es necesario, lo señaló la propia Zambrano, distinguir muy claramente entre el olvido “que, al fin y al cabo, es creador” y la desmemoria que... “lo borra todo. Y eso ¡no!”, concluía entre admiraciones (Zambrano, 1989). No llamemos, pues, olvido a lo que es desmemoria.

Años antes, en 1961, en su “Carta sobre el exilio”, ya citada, cuando la generación de los que llamó resistentes accedía a puestos de poder y los exiliados se sintieron doblemente olvidados, había escrito:

Se teme de la memoria que se presente para que reproduzca el pasado, es decir, algo de lo pasado que no ha de volver a suceder. Y para que no suceda, se piensa que hay que olvidarlo. Hay que condenar lo pasado para que no vuelva a pasar. La verdad es todo lo contrario.

Lo pasado condenado –condenado a no pasar, a desvanecerse como si no hubiera existido– se convierte en un fantasma. Y los fantasmas, ya se sabe, vuelven. Solo no vuelve lo pasado rescatado, clarificado por la conciencia –conviene recordarlo lo que había escrito sobre el horizonte revelado por la conciencia, allá en 1952, imprescindible para que haya vida humana–; lo pasado por donde ha salido una palabra de verdad. La historia que va a dar en verdad es la que no vuelve, la que no puede volver (Zambrano, 1961: 70).

Pues con ese propósito nació *Ínsula*, revista e ínsula espiritual, refugio protegido por la mar, garantía de un horizonte abierto que permite mirar hacia afuera donde viven otras gentes y hacia adentro, para que aquellos que desearan

ejercer el valor de la literatura, del pensamiento y de la ciencia como conocimiento pero, no menos, como fuente de sentido moral y político, pudieran hacerlo.

José Luis Cano falleció en 1999, justo cuando iba a comenzar un nuevo siglo. Nos dejó como legado “Los síes y los noes de *Aire nuestro*” en homenaje a Jorge Guillén que hacemos nuestros:

Sí al amor, no al desamor.

Sí a la luz, no a la tiniebla.

Sí a la amistad, no a los odios.

Sí al aire, no a la mazmorra.

Sí a la rosa, no al fusil.

Sí al liberal, no al tirano.

Sí a la poesía por siempre (Cano, 2001: 272).

6. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

6.1. Fuentes

- Aranguren, J. L. (1953). “La evolución espiritual de los intelectuales en la emigración”. *Cuadernos Hispanoamericanos* (38), pp. 123-157.
- Cano, J. L. (1974). *Heterodoxos y prerrománticos*. Madrid: Eneida.
- Cano, J. L. (1985). “Los cuadernos de Velintonia (fragmentos)”. *Ínsula* (458-459), p. 14.
- Cano, J. L. (ed. A. Sanz Romero) (2001). *Poesía Completa*. Algeciras: Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano.
- Cano, J. L. (junio 1991). “José Luis Cano, Luis Cernuda y María Zambrano”. *Ínsula* (534), p. 31.
- Cano, J. L. Carta a María Zambrano desde Madrid 21 de febrero de 1952. [Texto manuscrito]. Serie “Correspondencia 1952”, Archivo Fundación María Zambrano.
- Marías, J. (septiembre 1955). “Realidad y ser en la filosofía española”. *Ínsula* (117), pp. 1 y 9.
- Zambrano, M. (1952). “Dos fragmentos sobre el amor”. *Ínsula* (75), pp.1 y 4.
- Zambrano, M. (1961). “Carta sobre el exilio”. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (49), París, pp. 65-70.

- Zambrano, M. (1977). *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)*. Madrid: Hispamerca.
- Zambrano, M. (1990). *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela.
- Zambrano, M. (2011). *Delirio y destino*. Madrid: horas y Horas.
- Zambrano, M. (2014). *Obras Completas*. VI. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- Zambrano, M. (28 de agosto de 1989). “Amo mi exilio”. *ABC*, p. 3.
- Zambrano, M. (ed. E. Baena) (2005). *Cervantes (ensayos de crítica literaria)*. Málaga: Biblioteca de autores malagueños.
- Zambrano, M. (ed. M. Gómez Blesa) (2009). *Las palabras del regreso*. Madrid: Cátedra.
- Mora García, J. L. (2013). “José Luis Cano: poética y sentido moral... desde la amistad...”. *Archiwum Historii Filozofii. Euseniusz Görski. In memoriam* (58), Instytut Filozofii i Socjologii, Varsovia, pp. 179-196.
- Mora García, J. L. (2021). “Los secretos que encierra una fotografía”. *Ínsula* (889-890), p. 30.
- Mora García, J. L. (2023). “La reflexión sobre España, Europa y América en los pensadores del exilio republicano de 1939” (En recuerdo de Pablo de Andrés Cobos 1899-1973, en el cincuentenario de su fallecimiento). *Transatlantic Studies Network* (15), pp. 33-35.
- Mora García, J. L. y Roberts, S. (2020). “Una ínsula para isleños, tierra adentro”. *Ínsula* (886), pp. 2-7.
- Pau Luque, V. (17.7.2024). “Un nuevo nosotros”. *El País*. Recuperado de <https://elpais.com/opinion/2024-07-17/un-nuevo-nosotros.html>
- Ridruejo, D. (2012). *Casi unas Memorias literarias*. Barcelona: Península.
- Santonja, G. (2021). “Breve e irreparable: (María Zambrano, los intelectuales en el drama de España y algunas notas sobre la editorial Hispamerca o riesgo y ventura durante la Transición)”. *Devenires*, 22 (44), Dossier: *Una vida compartida. Correspondencia de María Zambrano y sus destinatarios*, pp. 247-281. Recuperado de <https://publicaciones.umich.mx/revistas/devenires/ojs/article/view/796>
- Téllez, J. J. (2001). “Siglo XX: Sociedad, cultura y creación en Algeciras”. Ocaña, M. (Coord.). *Historia de Algeciras* t. III. Cádiz: Diputación de Cádiz, pp. 241-269.

6.2. Bibliografía

- De Andrés Castellanos, S. y Mora García, J. L. (eds.). (2011). *De ley y de corazón. Historia epistolar de una amistad. María Zambrano Alarcón. Pablo de Andrés Cobos (1957-1976)*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid/Obra Social de la Caya de Ahorros de Segovia.
- Gallego Serrano, S. (2021). *José Luis Cano. La memoria del 27*. Málaga: Centro Cultural Generación del 27.
- González Palencia, Á. (1940). “La herencia de la Institución Libre de Enseñanza” *Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza*. San Sebastián: Editorial Española. Recuperado de <https://filosofia.org/>
- Mainer, J.C. (octubre 1999). “José Luis Cano en su Ínsula”. *Almoraima* (22), pp. 37-47.
- Montiel Rayo, F. (2003). “La revista El Puente, un frustrado proyecto de cooperación intelectual entre las dos Españas”. Llusia, M. y Altet, A. (coords.). *La cultura del exilio republicano I, España: UNED*, pp. 199-218.
- Mora García, J. L. (2006). “El significado de la revista Ínsula en la cultura y la filosofía españolas del último medio siglo (1946-2000)”. Del Rosario, M. (ed.), *Pensamiento español y latinoamericano contemporáneo II*, pp. 79-112.

José Luis Mora García

Universidad Autónoma de Madrid

Cómo citar este artículo

José Luis Mora García. “María Zambrano en la “Ínsula” de José Luis Cano”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (62), abril 2025. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 75-85.
